mediante el conocimiento de nuestras obras, pudieran prestarse á aumentar el número de nuestros consocios, bastante escaso en la actualidad.

Vamos, pues, á hablar de nuestra Sociedad á los buenos católicos que no la conocen y quisiéramos ver inscritos en ella, y á nuestros amados consocios que hace más ó menos tiempo vienen prestándole sus importantes servicios; en cuya virtud mezclaremos á su historia algo de la historia de la gran Sociedad de que forma parte, lo que producirá el doble bien de hacerla conocer mejor á los primeros, y de presentar á los segundos, aunque en imperfectísimo boceto, el gran modelo que debemos tener siempre á la vista para imitarlo.

Procuraremos ser breves, cuanto lo permita la naturaleza de nuestro trabajo, que tiene que ser necesariamente de alguna extensión, ya por el largo período que comprende, ya porque sería hasta cierto punto estéril si no nos detuviéramos á hacer algunas reflexiones sobre nuestro pasado y nuestro presente, que nos sirvan de enseñanza y estímulo para el porvenir.

PRIMERA PARTE.

La Sociedad de San Vicente de Paul.—Su instalación en México.

En Mayo de 1833, unos seis estudiantes de París, cuyo celo religioso, inflamado en las luchas de la tribuna que algunos de ellos sostenían victoriosamente contra los enemigos del Catolicismo, anhelaba ejercitarse en otra obra que fuera más del agrado de Dios, decidieron consagrarse al servicio de los pobres; lo que hicieron desde luego, poniéndose bajo la presidencia de un católico honorable, dando á su pequeña Asociación el nombre de "Conferencia de caridad," y eligiendo por patrón á San Vicente de Paul.

De pronto sus obras se reducían á "llevar un poco de pan

y de consuelo á los pobres en sus buhardillas," como decía uno de sus principales fundadores; mas á poco el grano de mostaza comenzó á germinar: el 12 de Abril del año siguiente, los socios, en número de cerca de sesenta, visitaban las reliquias de su Santo Patrón; las visitas á domicilio fueron notablemente aumentadas con la colaboración que solicitó de ellos la Casa de Beneficencia del 12º Distrito; los jóvenes detenidos en la Casa de Corrección de Grés recibían instrucción religiosa, y al terminar el año de 1835 el número de miembros activos ascendía á 250, con los cuales, el 8 de Diciembre de ese año, quedó constituída la Sociedad de San Vicente de Paul, compuesta de un Consejo de Dirección y cuatro Conferencias, bajo el Reglamento que hoy la rige, habiendo celebrado su primera asamblea general el primer domingo de cuaresma de 1836.

Por una rara coincidencia, que pudiera considerarse como una señal de predestinación, al fundarse la primera Conferencia, en Mayo de 1833, un joven mexicano, que acababa de obtener el título de profesor en nuestra Escuela de Medicina, llegaba á París con el fin de conocer los últimos adelantos de la ciencia, y una vez logrado su objeto, se embarcó para volver á su país en Junio de 1836, es decir, cuando la Sociedad de San Vicente de Paul acababa de celebrar su primera asamblea; como si la Providencia le hubiera llevado á aquella capital con el único objeto de que asistiera á los orígenes de nuestra Sociedad.

De regreso en México, se ocupó desde luego en aprovechar en beneficio de su país, los vastos conocimientos que había logrado adquirir en la gran metrópoli del mundo civilizado, ya promoviendo notables mejoras en la Escuela de Medicina, donde sirvió las cátedras de cirugía y anatomía; ya en el Hospital de Jesús, cuya dirección le fué confiada; ya por medio de la prensa, en libros y en artículos de periódicos. Dejémosle entregado á tan importantes tareas; dejémosle disfrutando de una de las más puras satisfacciones de

su vida, la de ver fundada en México, mediante su iniciativa y sus constantes gestiones, la admirable Institución de las Hermanas de la Caridad, que había conocido en sus asiduas visitas á los Hospitales de París, fundación que tuvo lugar en Noviembre de 1844; y como él, fijemos de nuevo la atención en París, donde una Sociedad que por entonces florecía en Francia, daba cuenta del estado de sus obras al terminar ese año, en una Memoria tan sencilla en la forma como elocuente en el fondo.

Dedicada exclusivamente al alivio de las miserias humanas, ninguna había que considerara extraña á su misión.

Sus numerosos miembros, entre quienes se encontraban representadas todas las clases sociales, desde el magistrado hasta el humilde artesano, se habían repartido las ciudades por fracciones, cada una de las cuales era especialmente atendida por un grupo de socios, que visitando á los pobres en sus hogares, se imponían paternalmente de sus necesidades, y reuniéndose semanariamente para deliberar sobre la manera de remediarlas, les impartían cuantos auxilios físicos y morales estaban á su alcance.

Del conocimiento de esas necesidades, y del deseo de remediarlas, habían surgido numerosas obras, cuyo solo relato daría materia para escribir un libro. Aquí bastará decir que ninguna de las incontables miserias que afligen al hombre desde su nacimiento hasta su muerte, había sido desatendida por tan benéfica Asociación.

La infancia le debía sus más tiernos cuidados.—Desde antes de nacer, el niño había comenzado ya á disfrutar de sus beneficios, en los auxilios especiales que impartía á la madre al aproximarse la época del alumbramiento.—Cuando padres indignos de ese nombre abandonaban á sus hijos al nacer, velaba sobre ellos en las casas en que la Autoridad los recogía, y les dispensaba la más eficaz protección.—Los huérfanos eran acogidos en Asilos fundados por ella, donde recibían, á la vez que el alimento y el vestido, educación primaria y una esmerada instrucción religiosa.—Los niños que tenían que ser abandonados de sus padres durante las horas del trabajo, eran llevados á unas Salas de Asilo.—A los escolares les sobrevigilaba en sus escuelas, y los domingos les reunía en locales á propósito para que pudieran practicar algunos ejercicios religiosos, se divirtieran y pasearan, y recibieran nociones de música, dibujo, etc.

La juventud era objeto de sus constantes preocupaciones. —En las casas, velaba por su educación y su instrucción religiosa; en los talleres ejercía sobre ella una paternal sobrevigilancia, y los domingos le proporcionaba también un día de descanso y de recreación.—Por último, en Escuelas especiales daba instrucción á los adultos, preparándolos para entrar en carrera.

La edad madura y la ancianidad recibían de ella los más importantes beneficios.—A los obreros que carecían de trabajo, se los proporcionaba, y entretanto, les impartía los auxilios más necesarios.—En previsión de tal evento, les formaba con sus economías un fondo común, que les servía de caja de socorros mutuos.—Para ellos también, como para los escolares y los aprendices, tenía establecidas casas en que les proporcionaba horas de descanso y solaz, ya en salas de lectura y conversación, ya en jardines donde se entregaban á ejercicios saludables y fortificantes, recibiendo también instrucciones variadas sobre religión, historia, moral, poesía ó ciencias, sin que se olvidara la música, que amenizaba aquellas fiestas populares con el concurso de los obreros que tenían algunos conocimientos en el arte.—Para los militares tenía abiertas clases en que recibían, con la educación primaria, enseñanzas elementales del orden superior, como el cálculo, la historia, el dibujo lineal, etc., instrucción y consejos sobre religión y moral.—A los presos y á los enfermos les visitaba en las cárceles y en los hospitales, socorriéndoles, gestionando sus pequeños negocios, y sobre todo, dándoles instrucción religiosa y civil, é impartiéndoles, con los auxilios

de la religión, el mayor consuelo en sus penas.—Por último, los sentenciados á muerte encontraban en los miembros de la Sociedad, hermanos compasivos que les acompañaban hasta recoger su última mirada en el patíbulo..... Los viajeros menesterosos recibían en las poblaciones de su tránsito socorros oportunos é inesperados, de las diversas fracciones de la Sociedad, que se los recomendaban unas á otras.—Los refugiados eran socorridos sin distinción de razas, creencias religiosas ni partidos políticos.—Los mendigos, aunque habitualmente excluídos de sus socorros, participaban también de ellos cuando se tenía esperanza de convertirlos en miembros útiles de la sociedad.—Los ancianos y los enfermos encontraban en los rigores del invierno un calefactorio, semejante al de los antiguos conventos, siempre abierto para recibirlos.

La familia, en fin, era, por decirlo así, el centro y el lugar preferido de sus operaciones.—Ante todo, al padre y á la madre procuraba hacerles comprender y practicar sus deberes de cristianos, de esposos y de padres.—Si el concubinato era el solo vínculo que les unía, se esforzaba por sacarlos de tan vergonzoso estado, y no cesaba en sus gestiones hasta conseguir la legitimación del matrimonio y de los hijos, para cuya obra tenía destinadas comisiones especiales.—Inspirando á los esposos el afecto y el respeto mutuos, á la vez que el amor á los hijos, y á éstos el amor filial y la obediencia, establecía la paz en los hogares, no empleando, para obtener tan importantes fines, sino la prudente exhortación y las buenas lecturas. Encontrando, sin embargo, que la casa del pobre era un lugar inadecuado para tan delicada obra, la trasladó á los templos, donde fraternalmente confundidos beneficiados y benefactores, participaban del Sagrado banquete, escuchaban la palabra divina, hacían la lectura piadosa, y enviaban al Padre común, en forma de oración, el homenaje de su amor y su reconocimiento. De esta manera mantenía á las familias en la práctica de la religión y la moral, y para

contrarrestar la perniciosa influencia de la novela y el periódico, les proporcionaba libros amenos é instructivos, de que tenía formadas Bibliotecas especiales.—Por último, no contenta con acoger á las familias que solicitaban sus auxilios, ella misma andaba algunas veces en busca de aquellas que á la desgracia de ser pobres unen la de tener que ocultar su pobreza misma..... habiendo alguna fracción de la Sociedad que se ocupaba preferentemente de esta obra digna de todo elogio.

Aunque atenta sobre todo á las necesidades morales, era ingeniosísima en sus recursos para atender á las físicas.—Ante todo, había que alimentar á las familias, y conciliando la economía con el mejor servicio del pobre, estableció cocinas económicas, que le permitían dar la comida condimentada, y á mayor número de personas.—Luego tenía que ocuparse de vestirlas: los precarios recursos de que disponía no le permitían sino atender en parte esta necesidad, y al efecto formaba con las piezas menos útiles del guardarropa de sus socios, pequeños vestuarios, manteniendo además un corto fondo destinado á surtirlos, y teniendo en algunos lugares talleres en que mujeres enfermas ó ancianas se ocupaban de confeccionar ó reparar los vestidos, resultando ellas también beneficiadas con el producto de su trabajo.—La habitación, otra de las más urgentes necesidades de los pobres, era atendida por la Sociedad de una manera especial: consagraba una parte de sus recursos para el pago de arrendamientos; pero como tampoco á este objeto podía dedicar una cantidad suficiente, fundaba Cajas de ahorros en que el pobre depositaba lo que podía, y ella le abonaba una prima hasta de un cincuenta por ciento, estimulándolo así á hacer economías, y ayudándole á satisfacer un gasto tan gravoso como imprescindible.—Además, se ocupaba de establecer casas de alojamiento en que habitaran sus familias adoptadas, teniendo, no sólo el ahorro de la renta, sino la ventaja de vivir juntas.—Entretanto, les proporcionaba camas y habilitación

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

para ellas, cuidando de mejorar las condiciones higiénicas de las habitaciones.—La imprevisión, que hace al pobre gastar en cosas superfluas una parte de sus escasos recursos, era combatida por ella con el establecimiento de pequeñas Cajas de ahorros que atesoraban las economías de las familias, proporcionándoles un recurso oportuno en las circunstancias más difíciles.—Con el mismo fin promovía entre ellas la fundación de Cajas de socorros mútuos, que además de la conveniencia indicada, servía para que vivieran unas con otras en cordiales relaciones.—Aquellos de sus miembros que eran abogados, se encargaban gratuitamente de sus pequeños negocios, y cuando había que hacerlo fuera, lo efectuaban por medio de la correspondencia.—Por último, á los enfermos les proporcionaba médico y medicinas, asistiéndolos algunas veces personalmente, cuidaba de que recibieran los Santos Sacramentos, y cuando los recursos de la caridad y de la ciencia eran inútiles para devolverles la salud, les acompañaba en sus últimos momentos, les conducía al sepulcro, y no quedándole otra cosa que hacer por sus cuerpos, ofrecía por sus almas los sufragios de la religión. . . . . .

Tal era, con la diferencia del pequeñísimo é inanimado bosquejo á la inmensa y viva realidad, la Sociedad que en fines de 1844 llenaba con sus beneficios el suelo de Francia, y comenzaba á invadir los demás países de Europa. Pero ¿dónde había nacido? ¿Cuál era su nombre? ¿Quién fué su fundador? Su reglamento lo dice en las siguientes líneas: "Algunos de entre nosotros, dedicados á la defensa de los dogmas de nuestra religión en las borrascosas discusiones de las sociedades literarias, pensaron que no bastaba ya hablar, sino que además convenía obrar, y dieron principio á las obras caritativas, de donde provino la *Conferencia de Caridad.*"—¡He ahí su origen!—"Siendo ya en gran número, y viéndose precisados á dividirse en secciones, deseando, por otra parte, muchos de ellos reunirse en otras poblaciones donde habían de residir en lo sucesivo, se dejó el nombre de Conferencia para cada una de las secciones, comprendiéndolas todas bajo la denominación común de *Sociedad de San Vicente de Paul.*"—¡He ahí su nombre! Y en cuanto á sus fundadores, ¡rindámosles, Señores, un tributo de veneración, de filial afecto y de reconocimiento en los siete católicos ilustres que establecieron la primera Conferencia en París: Manuel José Bailly, Pablo Lamache, Félix Clavé, Augusto Taillandier, Julio Devaux, Federico Ozanam y Francisco Lallier!!

¡Es un hermoso espectáculo el que presenta el desarrollo de esta Obra admirable! Pequeña semilla en 1833, tierno vástago en 1835, árbol corpulento y vigoroso en 1844. Al principio, una Conferencia en París, repartiendo á siete familias pobres las economías de unos cuantos estudiantes, pobres también. Al terminar el período referido, 154 Conferencias en Francia, 3 en Italia y 6 en Inglaterra, realizando las obras que se acaban de reseñar, en tan vasta escala, que los autores de la Memoria en que se daba cuenta de ellas, no pudieron consignar el número de las familias socorridas, ni menos el de los escolares, aprendices y obreros patrocinados, ni siquiera el de las escuelas primarias y de adultos, Salas de asilo, Casas de Patronato, Orfanatorios y Bibliotecas existentes, en cuyas obras todas invirtió en ese solo año, ¡cuatrocientos cuarenta y siete mil francos. . . . .!

Con razón nuestro joven compatriota, que había asistido á su nacimiento y seguido, aunque de lejos, sus admirables progresos, no tuvo mayor aspiración, después de implantar en la República la Institución de las Hermanas de la Caridad, que establecer en ella la Sociedad de San Vicente de Paul.

Al efecto, comenzó por hacerla conocer, en lo particular, á algunas personas; después celebró con ellas diversas juntas en que se trató de su establecimiento, y el 15 de Diciembre de 1844 quedó fundada una primera Asociación á que se dió el nombre de Sociedad de San Vicente de Paul, presen-

tándose á la vez un proyecto del reglamento á que debía sujetarse.—En 28 de Febrero de 1845 se dirigió al Consejo General de París, comunicándole su instalación, y como el reglamento difería del de París, se entabló sobre el particular una cordial correspondencia entre dicho Consejo y la Asociación establecida aquí, que terminó con la adopción del reglamento de París, en cuya virtud el Consejo referido, en sesión de 15 de Septiembre de ese año, acordó la agregación de la Asociación de México á la Sociedad de San Vicente de Paul, con el carácter de Conferencia.

Nada hay más grato para un hijo que recordar las palabras benévolas que en ocasiones solemnes ha escuchado de los labios de sus padres, y la Sociedad de San Vicente de Paul en México leerá siempre con una viva emoción la carta en que el Consejo General le comunicó su agregación, traducida por nuestro inolvidable Presidente el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, y que será leída á continuación de esta Memoria, conforme al programa respectivo.

La agregación de nuestra primera Conferencia tuvo, pues, lugar, el 15 de Septiembre de 1845, y este es el feliz suceso que hoy venimos á celebrar; sin embargo, la carta en que aquella se comunicaba no se recibió sino hasta el 11 de Enero del siguiente año, y hasta el 18 de ese mes comenzó á funcionar con aquel carácter la primitiva Asociación.

Tiempo es ya de que consignemos el nombre del mexicano ilustre á quien debe nuestra patria tan benéfica institución; y por si alguno temiere que al hacerlo faltemos á los hábitos de reserva propios de nuestra Sociedad, insertaremos antes las siguientes líneas con que da principio la Memoria sobre Ozanam y Cornudet, redactada por disposición del Consejo General y leída en la asamblea de las Conferencias de París el 8 de Abril de 1894: "Las familias que se honran de tener un pasado, guardan piadosamente la memoria de sus ascendientes, y cuidan de trasmitirla á las generaciones nuevas. No podía ser de otro modo en nuestra gran familia de

San Vicente de Paul. Nuestras reglas de reserva y de modestia no se oponen á que recordemos á los que fueron nuestros fundadores y nuestros antepasados. . . . ."

Rindamos, pues, un homenaje de justicia, de afección y de gratitud al Sr. Dr. D. Manuel Andrade, fundador de la Sociedad de San Vicente de Paul en la República Mexicana; promovedor y sostenedor de las principales obras ejecutadas por ella durante los tres primeros años de su existencia; Vicepresidente primero del Consejo Particular de esta capital; Presidente de la Conferencia de la Purísima Concepción, y socio ejemplar y celosísimo, ¡muerto el 8 de Junio de 1848, de una enfermedad contraída por contagio en la asistencia de una familia de que era visitador, é infestada de fiebre tifoidea!

Pasamos ya á narrar los hechos más notables ocurridos en nuestra Sociedad durante el período que comprende esta Memoria; no sin advertir antes que las deficiencias que en ella se notarán, tienen por causa principal la escasez é irregularidad de los datos que han debido servir para su formación, consiguientes á los trastornos que una guerra desastrosa produjo en el país durante la primera mitad de ese período.

SEGUNDA PARTE.

Desarrollo de la Sociedad.

Esta materia se ha dividido en dos partes: primera, el establecimiento de Consejos y Conferencias; y segunda, las obras practicadas.

I

ESTABLECIMIENTO DE CONSEJOS Y CONFERENCIAS.

Luego que la Asociación establecida en 1844 asumió el carácter de Conferencia (18 de Enero de 1846), se ocupó en recabar del Supremo Gobierno la aprobación del Regla-